

ASESINATO EN MIAMI



ASESINATO EN MIAMI

María José Elices



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados
Diseño de la colección: Pepe Far

Primera edición: marzo de 2018

© María José Elices, 2018
© de la presente edición: Edhasa, 2018
Diputación, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-1134-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B. 3902-2018

Impreso en España

CAPÍTULO 1

Miro y no veo más que caras de dolor. Hace cuatro días encontraron a Sussan asesinada con un tiro en la sien que algún torpe pretendió disfrazar de suicidio. Me he colocado estratégicamente en un lugar algo elevado del camposanto, al final, con la esperanza de encontrar al asesino. Jamás dejo un caso sin resolver, más si se trata de la hermana de Rosana, colega del FBI.

Nuestra Señora de la Merced es un inmenso cementerio católico de la archidiócesis de Miami, en el condado Miami-Dade. El brillo de los mármoles compite con la espesura de los árboles.

Busco. Mi instinto policial se pone en marcha y lo primero que veo no me gusta: los padres de Sussan. Aparentan estar conmocionados, pero ni siquiera en un día como hoy han calmado sus indisimulados odios. Recuerdo la última vez que Rosana me habló de ellos: «Se detestan tanto que han olvidado que, además de divorciados, son nuestros padres». ¿Tendrán algo que esconder?, me pregunto mientras mi mirada trata de radiografiar a los que de verdad sienten dolor. Mi amiga, por ejemplo.

Rosana se ha situado entre su madre y su hermana Anna, la pequeña, a la que no echo más de veinticinco o

veintiséis años. Me fijo en su marido, David, un personaje inexpresivo, casi hierático, cuyo semblante me recuerda poderosamente al de un cura católico.

El padre es un empresario de prestigio con negocios en varios estados. Un compañero del FBI me contó que su nombre es Roman. Heredó una pequeña empresa de procesado de carnes y, lejos de vivir de las rentas, puso mucho empeño en convertirla en una industria de notable éxito. El índice por metro cuadrado de millonarios con historias parecidas que eligen esta zona de Miami para vivir es elevadísimo; Roman Graham es uno más. Está casado en terceras nupcias con una chica más joven que cualquiera de sus tres hijas, una guapa australiana que conoció en uno de sus viajes.

Graham parece conmocionado, pero poco afectado. Por su cara no ha resbalado ni una lágrima desde que entramos en el cementerio. Es cierto que ha tenido cuatro días para llorar, y además no me parece un tipo de los que exhiben su dolor; sin embargo, mi sensación es que está disgustado, contrariado, pero no apesadumbrado ni derrotado.

Me cuesta más deducir algo sobre su flamante esposa. No ha dejado de llorar ni un momento. Parece tener esa rara «habilidad» de las personas que lloran con frecuencia: hacerlo ininterrumpidamente, durante largo rato, sin emitir el más leve sonido. Su marido no le dirige la mirada ni una vez; ni siquiera en el único momento en que ella le acarició levemente el hombro. De no conocerlos, parecería que la familia directa de Sussan era ella y no Roman. Yo no alcanzaba a identificar si las lágrimas eran de pena, de remordimiento, de angustia o de miedo. Quizá sólo es una de esas personas a quienes la pérdida de un ser cercano provoca una fuerte emoción... Una llorona, vamos; aunque la cosa resultaba especialmente llamativa porque Roman y su esposa se habían casado hacía unos seis meses, y no era ma-

terialmente posible que la joven australiana hubiera tenido una relación intensa con la difunta.

Dos días atrás había tenido ocasión de conocer a la madre de Sussan: una mujer refinada que supo llevar con dignidad el dramático abandono del que fuera su marido, con dos de sus tres hijas a su cargo. Roman la dejó para casarse con otra a la que había dejado embarazada, aunque ese embarazo no llegó a término. Además, los carísimos abogados de Roman consiguieron que su exmujer y sus hijas tuvieran que vivir con lo justo tras una vida de lujos. Así, ella se vio obligada a abandonar la suntuosa mansión familiar que no se podía permitir. Poco después, eso sí, Roman adquirió una casa más modesta para ellas y, como era su deseo, se quedó con la casa grande sin verse obligado a mayores pleitos. A cambio, accedió a subir la pensión pactada inicialmente.

Digna, en ese momento la madre parecía haber agotado todas las lágrimas.

Los entierros de gente famosa que ha sido asesinada son un lugar propicio para que un agente especial como yo, del área de homicidios del FBI, dedique el tiempo que dura la ceremonia a escudriñar a los asistentes.

Sólo el responso monocorde del oficiante, un presbítero amigo de la familia, rompe el silencio del camposanto lleno de gente. No hay llantos ni hipos ni contrapunto alguno a las aburridas salmodias del sacerdote que terminan con el manido «cenizas a las cenizas, polvo al polvo». Los entierros católicos ni siquiera brindan esa suerte de homilía que estamos habituados a escuchar en despedidas de otros credos. Ese silencio facilita mi tarea.

Pocas veces asisto a oficios católicos, la fe en que me educaron, pero siempre me ocurre igual: de pronto reparo en que no sé si estamos en el *kyrie*, el *gloria* o el *ofertorio*. Pierdo literalmente el *oremus* estudiando miradas y gestos.

Lo de hoy no es una excepción: observo la dirección de las miradas, movimientos de manos, tan delatores del estado de ánimo, posiciones de hombros, ojeras, posturas, actitudes. Observo. Es mi oficio, y no puedo evitarlo.

Sabemos que un elevadísimo porcentaje de criminales, de manera a veces poco disimulada, acuden a contemplar el desenlace de su macabra obra, quizá para comprobar que, efectivamente, su trabajo ha tenido éxito. No puedo evitar la sensación de que el asesino, a quien llevamos buscando desde hace ya cuatro días, se mimetiza en ese mismo instante con el abigarrado paisaje humano que rodea la fosa de la pobre Sussan.

Aparte de familiares, exnovios y amigos, como ocurre en estas ocasiones, tampoco falta en el cementerio un buen número de curiosos atraídos por el espectáculo de un crimen cuyos detalles, o más bien la falta de ellos, han copado las portadas de los diarios locales con especulaciones absurdas y rumores inventados. A día de hoy, las autoridades lo ignoran todo sobre el asesinato o sus posibles autores. Ni siquiera tenemos un posible móvil.

Sé que todos ocultan algo y mi estómago me dice que entre ellos hay alguien implicado, pero el dolor de mi amiga me hace olvidar por un momento que soy investigador del FBI.

Los entierros duran poco y el tiempo es escaso para averiguar la verdad. No obstante, lo que pude observar resultaría, con seguridad, más útil que las poco sutiles grabaciones que realizaba, a la vista de todo el mundo, el departamento de policía. Nadie se comporta igual cuando se sabe observado y, menos aún, grabado.

Confíe en que ese mismo día me confirmaran la autorización para implicarme oficialmente en el caso.

CAPÍTULO 2

Cuatro días atrás el teléfono me había sacado de mi letargo. Descansaba recién llegado de un largo viaje por tres ciudades en las que me había reunido con colegas. Buscábamos a un asesino que o tomaba muchos aviones o conducía un veloz coche por todo el país. Aunque ya no eran horas de seguir trabajando, no imaginaba que aquella llamada pudiera responder a cuestiones de otra índole. Lo dejé sonar.

Pasó un buen rato hasta que la sonora insistencia me hizo entender que podía tratarse de algo grave. Abandoné mi querido sillón y descolgué.

—Josep, dios mío, por fin.

—Rom, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Me alarmó su tono. Rom, compañero en el FBI, es un calmado, educado y, sagaz analista que no llamaría a nadie pasada la medianoche sin un buen motivo.

—Yo sí, yo sí. Pero ha pasado algo grave. Muy gordo, Josep.

—Cálmate, Rom, hombre. ¿Qué pasa?

—Han asesinado a Sussan.

—¿Sussan? ¿Y quién coño es Sussan?

—La hermana de Rosana.

—¿De Rosana?, ¿nuestra Rosana? Pero ¿qué ha pasado? ¿Cómo te has enterado?... ¿Estás en Miramar?

—Estoy en la calle, frente a la casa de Sussan; el asesinato se ha cometido dentro. La propia Rosana llamó hace un rato, muy nerviosa y, como tú no estabas, me pidió que me acercara a echar un vistazo, pero no puedo entrar. La policía lo tiene todo acordonado y ahora mismo estoy con el grupo de mirones, al otro lado de la valla de seguridad.

Los agentes del FBI no nos fiamos mucho de la pericia de la policía local. Es tan injusto como cierto. Sin embargo, sí confío en la impresión de Rom.

—Te tienen que dejar entrar, Rom, hombre. Eres un federal, identificate y entra.

—No llevo la placa. Vine corriendo y no pensé en eso, joder, soy analista, nunca voy al escenario del crimen. No pensé que me impedirían entrar.

—¿Qué te contó Rosana?

—Poca cosa. No conoce los detalles aún, pero se sentirá más tranquila si los compañeros echamos una mano. Por eso ha pensado en ti, Josep, tú eres un agente de verdad, de los que investigan crímenes; a mí me ha pillado en pelotas, no podría ayudar aunque quisiera. Para empezar, ni siquiera puedo entrar porque no se me ha ocurrido que mi credencial valga para algo más que para entrar en el edificio ese tan horroroso de Miramar.

—Dame la dirección, llegaré lo antes posible. Y Rom...

—Dime.

—Cálmate.

Esa noche, que pasaría a llamarse entre nosotros «la noche del asesinato», me despido con pena del sillón y me doy una ducha rápida para sacudirme la pereza y alertar mis instintos. Antes de salir de casa, compruebo mecánicamente que lo imprescindible está en su sitio: teléfono, cre-

denciales, las llaves de casa y las del viejo y fiel BMW, al que tengo casi tanto apego como a mi sillón.

Mientras aparco, observo Design District. Es uno de los barrios más exclusivos de la ciudad. Grandes construcciones con solera y años de elegancia acumulados resisten con gallardía el efecto de la crisis inmobiliaria, que sí exhiben en los últimos tiempos, sin pudor, los nuevos edificios de la zona.

La vivienda de Sussan es una bonita construcción, una casita individual estilo Bauhaus, con vistas espectaculares y una decoración exquisita en la que no puedo fijarme todo lo que me habría gustado de tener más tiempo.

En menos de media hora desde su llamada ya me he encontrado con Rom y, placa en mano, cruzamos sin dificultad la cinta amarilla. Miro el escenario que, como siempre en estos casos, es dantesco. El cuerpo, rodeado de agentes de la científica provistos de su siniestro instrumental y sus cámaras de fotos, yace en el salón. La sangre se extiende por buena parte de una mullida alfombra que, posiblemente, proviene de Marruecos. Hay manchas en una pared, justo detrás del sofá. Reconozco a Aly Brown, la jefa de la unidad forense, inclinada junto al cuerpo. Alguien ha decidido que aquel crimen es importante.

—Josep, ¿qué se te ha perdido aquí? —A mi espalda, me saluda una voz familiar.

Me vuelvo para reconocer a Diana Rusvel, jefa del departamento de Homicidios de la policía.

Un nutrido grupo de la unidad móvil de laboratorio acompaña a Diana. El jefe de la científica, Michael Zimmerman, es un judío muy cordial con gran tacto para tratar a su equipo. También suele ser amable con el resto de los observadores, que siempre le hacemos más preguntas de las que puede contestar. En la calle espera una ambulancia.

—¿Hay algo que se me escape? —continuó Diana.

Nuestra relación es afectuosa. Me gusta trabajar con mujeres y el humor macabro de Diana siempre me hace reír a carcajadas. Sin embargo, en ese momento me está fulminando con la mirada. Aly Brown tampoco tiene cara de buenos amigos. La rivalidad entre cuerpos policiales suele provocar tensiones que solo se alivian con un cumplimiento estricto de las legislaciones estatal y federal: cada uno se centra en lo suyo y no mete la nariz en lo de los demás. Con los datos disponibles, el FBI no pintaba nada en la escena del crimen.

El clima mejoró algo cuando Rom y yo les explicamos que nuestro interés era personal y nuestra intención, apoyar a una compañera. Sólo entonces Rusvel y Brown acceden a contarnos lo que han averiguado hasta el momento.

Aly nos informa de que, cuando encontraron el cuerpo, el *rigor mortis* estaba en sus inicios; la temperatura del cuerpo confirmaba que la víctima llevaba muerta entre cuatro y seis horas. El cadáver de Sussan presentaba un disparo a quemarropa en el parietal izquierdo. Las marcas de pólvora eran perfectamente visibles. El arma homicida, un revólver, parecía haber caído de su mano, pero Sussan era diestra. La impresión inicial era que, tras matarla, habían querido simular un suicidio, con mucha torpeza. No sería la primera vez. En Quantico nos repetían con frecuencia que el asesino medio es bastante torpe. De todas maneras, la parafina confirmaría, o no, la presencia de pólvora en la supuesta mano homicida.

No hay señales de lucha ni puertas o ventanas forzadas. Aparentemente, la hermana pequeña de Sussan había entrado con su propia llave y se encontró el drama. El laboratorio confirmaría después que todas las huellas recogidas

pertenecían a familiares y amigos. No había rastro de personas desconocidas.

★ ★ ★

A pesar de que era tarde, nos pareció buena idea acercarnos a casa de Rosana. Su domicilio se encuentra muy cerca, pero aun así fuimos en el coche; en Miami no se va a pie a parte alguna. Todas las luces de la casa estaban encendidas y la puerta entreabierta. Golpeé discretamente el marco y accedimos al vestíbulo.

Seguimos las voces que nos llevaron a una cocina repleta de extraños artefactos, quizá electrodomésticos, de nombre y utilidad desconocidos para mí.

La última vez que había visitado la casa de Rosana fue a los pocos días de su boda. El cambio me parecía sorprendente. Y no porque la comparación de aquella moderna vivienda con su piso de soltera fuera extrema, sino porque Rosana es una mujer con muchísimas virtudes entre las que no se encuentra tener los conocimientos o el interés por hacer uso de una cocina como aquella. En otras palabras, no sabía freír un huevo, aunque, claro, quizá el «amo» de la cocina era David.

Un ventanal enorme y apaisado dejaba entrar las luces de la noche, y el efecto, entre toda aquella gente, me recordó al de la iluminación amateur de una tragedia griega que representamos en la universidad hace siglos, en otra vida.

—Buenas noches, Rom. —Rosana nos besó a ambos en la mejilla y sentí, por alguna razón, un punto de nostalgia—. Gracias por venir. Servíos lo que os plazca. Hoy no soy buena anfitriona.

Rosana es una mujer de facciones duras. Le pega ser policía. Una pelirroja de metro ochenta, cuerpo trabajado

en el gimnasio y paso firme y seguro que impone respeto entre los compañeros y enorgullece a las compañeras. Sin embargo, en aquella cocina, medio tirada sobre una pintoresca y –seguro– carísima mesa de mármol rosa, es la viva imagen de la desolación y la derrota.

–Buenas noches, agentes. Muchas gracias por venir.

Esta vez, el saludo, más formal, procede de David, el marido de Rosana. Nos habíamos visto en contadas ocasiones, cuando la acompañaba en actos oficiales y compromisos de esos en los que aparentas que todos los compañeros de trabajo son también amigos tuyos.

–Hola, David. Sentimos mucho lo ocurrido –respondo.

–Sentaos. Esto es un verdadero desastre. Hay cosas que no deberían pasar nunca.

Asiento con la cabeza mientras Rom murmura otro tópico.

Rosana mostraba tristeza en el rostro. Perder una hermana tan joven es algo con lo que no se cuenta en la vida; hacerlo a manos de un asesino resulta, directamente, inconcebible. Si además eres una policía acostumbrada a ver prácticamente de todo, la situación roza el completo absurdo.

Por mi parte, no me quito la sensación de estar dentro de una obra de teatro. Con demasiada frecuencia tengo que tratar con familiares de personas asesinadas, pero es algo a lo que no me acostumbro. Nunca sé qué decir o cómo reaccionar, y me siento profundamente torpe en mis intentos de consuelo. Me justifico pensando que depende de cada caso, de cada familiar y de cada persona, del momento, del entorno... No existe una fórmula, aunque algunas personas tienen un don para eso y me dan muchísima envidia. Por supuesto, esta vez tampoco supe qué coño decirle a mi amiga; así que pensé: «al carajo», y la abracé con todas mis fuerzas.

Había más gente en la casa. Anna, la pequeña de las tres hermanas, había sido citada para un interrogatorio al día siguiente. Diana Rusvel la había descartado como sospechosa de la autoría material: en el rango de tiempo en el que la forense situaba el crimen, Anna había viajado aquel día en avión junto con otras cien personas y parecía poder explicar sus movimientos de manera espontánea... La jefa de Homicidios consideró que podía dejarla marchar a consolarse por unas horas con sus seres queridos, con el aviso de que permaneciera atenta al móvil y no hiciera tonterías. Me sorprendió aquel gesto amable por parte de mi querida Diana.

Anna estaba especialmente unida a Sussan. Hablaban por teléfono casi a diario y siempre que regresaba a Florida, algo que hacía cada vez con más frecuencia, siempre se quedaba en su casa. De ahí que tuviera llaves y que hubiera sido ella quien se topó con aquella desgracia. Llamó al 911 tras comprobar que el cuerpo ensangrentado de su hermana carecía de pulso.

La menor de las Graham, «la rebelde» de la familia, vive en Massachusetts desde que a los 18 años se escapó con su novio, Kadem Gordon. Considerando que de esto hacía años y que Anna seguía felizmente emparejada con Kadem, que tenía un trabajo estable y que telefoneaba regularmente a su madre, Anna constituye la prueba viviente de una de mis teorías sociológicas favoritas: las etiquetas que un buen día nos pone la familia no se borran ni con papel de lija.

—¿Y vuestros padres? —pregunto a las hermanas—. ¿Los habéis visto?

Al parecer, cada uno de ellos estaba en un punto distinto del país. Habían hablado con ellos y estaban de camino. El padre venía desde Nueva York acompañado de Scada, su nueva y joven esposa. La madre, en Los Ángeles,

interrumpió un viaje de vacaciones regalo de sus tres hijas por su cumpleaños.

En un rincón de aquella cocina nos presentaron a un aparentemente inconsolable Jeffrey Thomson, el novio de Sussan. David lo avisó de que había «ocurrido algo» y le pidió que se acercara, pero no quiso darle los detalles por teléfono. Cuando Jeffrey llegó a la calle y vio la cantidad de coches de policía presintió que ese «algo» le iba a cambiar la vida.

Tendría unos treinta años. Aunque en ese momento de pesadumbre parecía un despojo humano, encogido y ojoso, si uno se fijaba bien podía calcular las horas que pasaba en el gimnasio, pues era un hombre moreno, esbelto y atractivo, de cuerpo moldeado. Pensé que Sussan y él seguramente llamarían la atención, y los imaginé paseando de la mano por Ocean Drive, mirando escaparates... Cuando nos saludó tuve un *déjà vu*: ¿dónde había visto yo antes a este joven? En otro lugar, con otra ropa, pero ¿dónde?

A la media hora de estar allí entra en la cocina la propia Diana Rusvel. No me extrañó. Anna estaba destrozada y no en condiciones de afrontar meticulosos interrogatorios, pero tanta amabilidad no era propia de la agente Rusvel. Anna, al fin y al cabo, era lo más parecido a una testigo presencial, el único hilo del que tirar. De nuevo me precipito en mi valoración, cosa que no acostumbro a hacer. Supongo que las circunstancias propician que broten por todas partes diversas excepciones a lo habitual.

—Buenas noches —saluda Diana en voz ostensiblemente alta—. Sé qué es tarde, pero sospecho que esta noche ninguno vamos a dormir mucho. No deseo molestarlos. En realidad, pasaba por delante de la casa y he visto el vehículo del agente especial Smith. Venía a verlo a él.

Rosana baja la cabeza sin decir palabra.

—Josep, ¿podemos hablar en privado un momento?

Con un gesto de asentimiento, nos dirigimos a una habitación de servicio, contigua a la cocina, que Rosana parece usar de cuarto para todo.

—Josep...

El tono de Diana al pronunciar mi nombre no sonaba muy amable, a pesar de que se esforzó, como siempre, por pronunciarlo bien.

La mayoría de mis antepasados nacieron y se criaron en Miami. El único detalle exótico lo aporta mi abuelo materno, Josep. Al parecer, un hermano de mi abuela, persona revoltosa con claras veleidades comunistas, luchó en la legendaria Brigada Lincoln durante la guerra civil española del lado de la República. Allí hizo amistad con Josep, un español que ejercía de comisario político para un partido comunista, PSUC me dijeron que se llamaba. Como tantos otros, tras la victoria de Franco se vio obligado a huir del país y terminó cruzando el mundo en busca de la guapa norteamericana cuya foto le robó el corazón aquella vez que el hermano de la chica sacó la cartera para presumir de ella en la trinchera. Mi abuela.

Antes de casarse, la familia de mi abuela pidió a Josep que cambiara su nombre por el de Joseph. Aunque el macartismo no fue especialmente feroz en el sur de Estados Unidos, la represión contra comunistas, amigos de comunistas, familiares de comunistas o, simplemente, contra aquellos que sospecharan que su vecino era comunista y no lo denunciaran, fue brutal. Pero mi abuelo siempre se sintió Josep y parece que yo fui la primera oportunidad que se le presentó de sacar su nombre de pila de la clandestinidad. Durante toda mi infancia, pedir que me llamaran *Yusép* en un país en el que buena parte de los varones se llaman *Yósef* se convirtió en una especie de suplicio cotidiano. Pasada la di-

fácil adolescencia, mi único problema con el nombre catalán es tener que deletrearlo siempre ante el funcionario de turno. Solo Diana y Richard pronuncian bien mi nombre.

Mi abuelo amaba sus raíces españolas. Cuando estábamos solos me hablaba de cosas de su tierra: comidas, bailes, ¡hasta vírgenes!, aunque él era ateo, como buen comunista. También me enseñaba palabras y frases hechas en la lengua de sus padres, el catalán, pero, sobre todo, me enseñó a hablar perfectamente español, cosa, por otra parte, útil y sencilla en Miami por la gran cantidad de gente que lo usa en su vida cotidiana.

—Sé que Rosana es tu compañera —dijo Diana. Yo, que había imaginado que iba a pedirme que no me inmiscuiera en la investigación, me di cuenta de que, de nuevo, había patinado—, y os ha pedido que metáis la nariz. No me gusta tener a los federales respirando en mi nuca, y menos aún enmendándome la plana, pero entiendo que las circunstancias son excepcionales.

Me doy cuenta de que Diana reproduce en voz alta, casi palabra por palabra, el pensamiento que yo mismo había tenido pocos minutos antes. Sentí una corriente de repentina simpatía entre ambos.

—Si la familia de una agente —continuó— lo solicita formalmente, creo que serías de cierta utilidad —hizo una pausa y me miró muy seria—. Además, quizá también aprendas algo de nuestros métodos. Puedo hablar con el jefe si lo deseas... Si no te incomoda estar a mis órdenes, claro.

Aquí, Diana, por fin, sonríe. Y yo, como de costumbre, casi pierdo los papeles.

La miro unos instantes antes de responder, intentando mantener las formas. En los últimos tiempos Diana y yo nos veíamos poco. Ni el asesinato, ni lo larguísima que había sido aquella jornada de trabajo, ni los murmullos salpicados de

sollozos que se cuelan por debajo de la puerta consiguen mitigar el deseo que me provoca la sonrisa de esa rubia.

Nos complementábamos bien. Me gusta como persona y además me resulta físicamente muy atractiva.

La observo de hito en hito. Como de costumbre, se encuentra encaramada en unos altísimos, caros y ¿cómodos? tacones que la elevan sensiblemente sobre su 1,65 m de estatura. Reparo en ese momento en que hacía ya varias semanas que no me encontraba con aquella policía que tanto me gustaba, a la que hoy encuentro más amable de lo habitual, y vuelvo a preguntarme por qué nunca le había declarado mis intenciones, siquiera con indirectas. Me contesto que a veces soy un imbécil de campeonato.

—¡Josep! ¡Que te estoy hablando!

—¡Sí! ¡Perdón! —balbuceé—. Te lo agradezco. Es cierto que Rosana nos ha pedido que estemos encima del asunto en la medida de lo posible, pero esa medida ahora mismo no va mucho más allá de la cortesía. Tengo tres cadáveres en tres territorios distintos que responden a un idéntico patrón; parece un asesino en serie. Estoy coordinando la investigación y viajo mucho. Confío, además, en que el de Sussan sea un caso relativamente sencillo. Creo que todos sospechamos ya que se trata de alguien de su entorno. Ella conocía al agresor. Os arreglaréis sin mí.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! —replica. Parece sinceramente contrariada—. Nunca pensé que rechazarías la invitación de una jefa de homicidios, por muy ocupado que estuvieras. Pero tranquilo, no pasa nada.

Tengo la sensación de que no es la jefa de Homicidios quien contesta sino Diana Rusvel, la rubia de los tacones, y que es la propia Diana quien se siente rechazada en una suerte de extraño juego de seducción y cortejo. Descarto ese pensamiento: «¡qué más quisieras tú!».

—Mil gracias, Diana. Lo consideraré. De verdad que agradezco tu gesto. De todas maneras, no parece necesario que un asesino sea la excusa para vernos, ¿no?

Ella ignora mi comentario.

—Si cambias de opinión, dímelo para que hable con el jefe. Es él quien decide.

—Lo pensaré. Me parece un ofrecimiento muy generoso.

—Otra cosa: mañana harán la autopsia en el Instituto Forense. Yo estaré allí desde las nueve. Si tus obligaciones te lo permiten, pásate. Me fío de tu instinto.

Miro el reloj. Las fuerzas del orden seguimos llevando reloj. Las tres de la mañana.

—¡Joder, Diana! Bueno, no importa. Allí estaré.

—Ah, una cosa más. Quería pedirte opinión sobre un asunto: el novio de la difunta es el nuevo ayudante del forense y nos ha pedido estar presente. Lo he hablado con Aly Brown, pero no hemos decidido nada aún.

—¡Claro! Dios, Diana, he estado un rato mirándolo y no sabía de qué me sonaba. Hemos coincidido pocas veces, pero ahora lo recuerdo perfectamente. ¿Mi opinión? Que no se acerque al cuerpo, pero vosotras decidís.

—Gracias, opino igual. Nos vemos en pocas horas, Josep.

A veces no entiendo a esta mujer. Sale de allí sin despedirse de la familia Graham y no me ofrece ni la mano con un gesto de «hasta luego». Sé de su alergia a mostrar efusiones en público, pero a veces exagera embutida en su disfraz de poli dura.

La cocina había recibido a más gente desconocida: dos amigas de Sussan acababan de hacer acto de presencia. Yo tenía que marcharme y descansar un poco, aunque solo fuera unas horas, y, más me valía, darme otra ducha.

CAPÍTULO 3

Camino de casa hacía memoria sobre los miembros de la familia Graham a los que recordaba. Roman Graham había sabido extender el imperio heredado de su padre. Tenía mataderos de ganado repartidos por cinco estados, cámaras frigoríficas y también fábricas de embutidos en distintas partes del mundo. Como tantos otros, descubrió muy pronto lo rentable que era la mano de obra barata y abrió factorías en El Salvador, Bolivia y algún otro país que ahora no recuerdo.

Rosana suele ser objeto de las pullas de los compañeros, que le recordamos que no necesita trabajar por dinero. Ella no se lo toma a mal, pero, cuando se harta, contesta que su padre no se caracteriza por andar repartiendo caudales a manos llenas entre sus hijas. No obstante, Graham les había ayudado a las tres a adquirir unas viviendas inalcanzables con un sueldo de agente especial.

Horas después de la fatídica llamada de Rom, estaba de vuelta en mi casa. Apenas me crucé con nadie por el camino. Vivo en el centro de la ciudad, en Central Business District, que es precisamente donde tiene la sede la central del departamento de policía de Miami, así como los laboratorios y el instituto anatómico forense.

Mi apartamento, heredado de mi abuela, es versátil hasta para los cambios de ánimo, luces y sombras. Las ventanas de la fachada principal dan al conocido parque de Dorsey, cuya contemplación distrae y despeja la mente. En la parte opuesta, un edificio feo y enorme bloquea el paso del sol y obliga a usar luz artificial buena parte del día en esa parte de la casa.

Hace cosa de un año hice reformas y, en contra de todas las opiniones que no pedí pero tuve la paciencia de escuchar, incorporé la cocina a mi enorme salón.

Parece la casa de alguien con una economía razonablemente desahogada. Nada más lejos de la realidad: a mis cuarenta y cinco años, cargo a la espalda un divorcio que me dejó sin ánimos, sin vida social y, por supuesto, sin casa, que se quedó mi exmujer. El rescoldo positivo de aquel incendio pavoroso que fue mi divorcio es Olivia, mi preciosa hija de ocho años.

Los años previos disfruté de una cómoda, apacible y relajada vida de casado. El amor compartido —o eso creía yo— es lo que tiene, la ilusión, la compañía, el vivir menos pendiente de uno mismo y más de los demás... Eve, mi exesposa, es una mujer objetivamente guapa. Ambos conformábamos una pareja de esas que, estéticamente, llaman la atención. Olivia y mi esposa fueron mi vida durante diez años; eran la razón por la que volvía a Miami cuando podía quedarme en otra ciudad, eran la razón por la que paraba cuando un caso me volvía loco.

Vivíamos en una bonita casa a orillas del mar en la zona de Bayfront Park, en este mismo distrito. Cuando fallecieron mis padres, invertí el dinero de la nada modesta herencia en el hogar de dos enamorados que, poco después, colmaron su felicidad con el nacimiento de una niña simplemente perfecta.

Hace dos años, mi exmujer, que trabaja de ejecutiva de cuentas en una fábrica de zapatos, tuvo la mala idea de enamorarse de uno de sus clientes. Durante seis meses no levanté cabeza. Mi diálogo interno era pésimo: cada noche al acostarme me decía que al día siguiente las cosas mejorarían. Cada mañana al despertar volvía a verlo todo negro. Me sentía miserable, y ese sentimiento me acompañaba a todas partes.

Eve, mi exmujer, me pidió que me marchara de casa y me vine a vivir aquí, a la casa de la abuela. Muchas veces habíamos valorado la posibilidad de venderla y guardar el dinero en algún plan de ahorro que nos permitiera, por ejemplo, mandar a Olivia a alguna buena universidad fuera del estado. Nunca llegamos a decidirnos. Hoy me alegro de esa indecisión por razones obvias; al menos, pude cubrir mis necesidades básicas una vez que me vi solo.

Mi ficha, pues, es simple: hombre blanco, cuarenta y cinco años, soltero y sin compromiso. En este tiempo he tenido algunas citas, pero ninguna ha pasado del segundo encuentro. Llevo una vida relativamente sencilla: resuelvo casos del FBI, hago pequeñas reparaciones en la casa de la abuela, ejerzo de padre a ratos y, cada vez de manera más espaciada, juego al golf.

Siempre fui tomado por buen estudiante. Bueno, esto no es del todo cierto: siempre parecí muy trabajador, perseverante y disciplinado, y aquello acarreaba buenas calificaciones escolares. Mi padre decidió que estudiara Leyes en la Universidad de Miami. No tuve inconveniente ni tengo claro si hubiese servido de algo tenerlo. Fui primero en mi promoción y después ingresé en el departamento de Policía del condado de Miami-Dade. En el departamento, alguien decidió que mi carácter metódico y un cierto instinto me hacían idóneo para la investigación de homicidios.

En varias ocasiones me tocó colaborar con los federales, lo que me permitió conocer el FBI más a fondo de lo que sería habitual para un teniente detective de homicidios, cargo que desempeñé durante años hasta que llegó una oferta «que no pude rechazar» e ingresé en Quantico.

★ ★ ★

Tengo que pedirle a mi hija que me cambie el sonido del timbre del teléfono. El que tengo es muy desagradable; siempre que suena me cabreo, y más si son cerca de las cuatro de la mañana. Había tirado la chaqueta cerca de la moderna placa de inducción que instalé en mi flamante cocina cuando hice la reforma. Me acerqué a toda prisa para rescatar el teléfono del bolsillo. En la pantalla se leía: «Aida FBI».

Aida Assag agente especial del FBI, buena amiga y conocedora de mis costumbres. Otra persona no se habría atrevido a llamarme de madrugada. No obstante, ni siquiera ella lo habría hecho de no tener una poderosísima razón y sospechar que, por alguna circunstancia, estaría despierto.

—Josep, ¿estás ya en casa? ¿Te ha dado tiempo a aporrear el piano?

Me pareció curiosa su manera de preguntar si me disponía a acostarme o me estaba levantando. Además, ese «ya en casa» me indicaba que ella sabía que yo había andado por ahí.

—No, dime, aún no —respondí—. ¿Qué se te ofrece?

—Me he enterado de lo de la hermana de Rosana. Me han dicho que has estado allí, quería que me contaras y, bueno, decirte también algo que puede ser importante.

—Todavía no hay mucho que contar, Aida. La chica, Sussan, ha aparecido con un disparo en la cabeza. Intenta-

ron simular un suicidio, pero lo hizo alguien muy torpe. No hay indicios de lucha ni de resistencia. Parece el típico caso en el que la víctima conocía al asesino. La casa estaba cerrada, no se había forzado la cerradura... En fin, ya sabes. No han aparecido pruebas y todo el mundo es sospechoso.

Al otro extremo del teléfono, una larga pausa valorativa me hizo pensar que la comunicación se había interrumpido.

—Aida, ¿sigues ahí?

—Yo conozco al novio.

—¿A Jeffrey? Sí, también yo. Además, trabaja en el departamento forense. Estuvimos juntos hace un rato en casa de Rosana. Cuando me lo presentaron tardé en caer en la cuenta de dónde lo había visto antes. Le he sugerido a Diana Rusvel que no lo dejen intervenir en el caso. Está demasiado implicado.

Aida quedó de nuevo en silencio largo rato. Empecé a sospechar que había algo extraño en aquella llamada.

—¿De qué conoces tú al novio de Sussan? —pregunté.

—No puede ser —replicó Aida, desconcertada.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—El novio de Sussan —continuó ella— no se llama Jeffrey sino Edward, Edward Samson. Es mi sobrino, Eddy, el hijo de mi hermana. Estoy ahora mismo en su casa y él también está aquí. Hecho polvo, por cierto.

—Aida, a ver si lo entiendo, ¿tu sobrino es forense?

—No, Josep, no es forense; tiene su propio negocio aquí en Miami. Yo he comido con ellos en casa de mi hermana más de una vez. Sé quién es la persona de la que hablas y creía que era su ex. Dice Eddy que ella lo había dejado.

Las sombras de la sospecha de un crimen pasional empezaron a cernerse en mi imaginación. Obviamente, alguien mentía.

—Me gustaría hablar con Eddy. Diana también debería estar al tanto. No trabajo oficialmente en el caso, pero me gustaría hacerle unas preguntas. ¿Es posible?

—Puedes venir ahora mismo si quieres. Yo estoy con él.

—¡Por supuesto! —respondí.

—Anota la dirección: NE 5TH St. Te esperamos.

No tenía claro si aquel asunto se complicaba por momentos o el tema se estaba empezando a aclarar. Dos hombres declaran ser pareja de una chica y esta aparece con un disparo en la cabeza. Para colmo, uno de ellos trabaja para el departamento de policía y el otro es sobrino de una agente especial. Demasiadas casualidades para un solo cadáver. Por otro lado, Anna y Rosana trataban a Jeffrey como a alguien de la familia. Es evidente que estaban unidos por una relación muy estrecha, pero ¿lo estaban aún? En la literatura criminológica es un clásico la figura del macho despreciado que acaba con la vida de su amada e intenta mimetizar su culpa con grandes dosis de compungimiento público. Jeffrey Thomson, además, es forense. Conoce los métodos de la policía y sabe cómo ocultar las pruebas de un crimen. Ahora bien, o me falla el instinto de sabueso o aquel hombre que había visto en la cocina de Rosana dis-
taba mucho de poder matar a nadie.

★ ★ ★

El FBI tiene fama bien merecida de escatimar medios a sus agentes. Mi propio coche es, con más frecuencia de la que me gustaría, medio de transporte de compañeros, jefes, testigos, víctimas y, a veces, hasta criminales. Esta circunstancia me obliga a mantenerlo siempre limpio.

En unos quince minutos me planté en la dirección que me había dado Aida. Cuando llegué, me estaba esperando

en la puerta acompañada de un joven; ninguno tenía buen aspecto, pero yo tampoco estaba en mi mejor momento. Parecía que hoy no tocaba dormir.

A medida que me acercaba a ellos, me di cuenta de que mi primera impresión no le había hecho justicia a la verdad, que era mucho peor: Aida tenía mala cara, pero Eddy se mantenía en un evidente estado de *shock*. Nos miraba pasmado, sin posibilidad aparente de articular palabra.

—Josep, quizá te has dado el paseo en balde. Eddy, desde hace un rato no contesta a mis comentarios. Creo que no está para más preguntas. Necesita descansar.

—Aida, no sabes cuánto lo siento, pero no sé si va a ser posible. Como te dije, Diana Rusvel está a cargo de la investigación y va a querer interrogar a Eddy. Hay que hablar con ella pero ya. Eddy —me dirigí al muchacho en el tono más suave del que fui capaz—, ¿puedes acompañarnos en mi coche para ir a ver a otra persona?

Aquel muchacho alto, moreno y musculado sólo fue capaz de asentir con un cabezazo sin articular palabra.

—Dejé hace una hora a la detective Rusvel en casa de Rosana, con la familia, pero puede que haya vuelto al lugar del crimen. Rosana vive muy cerca de su hermana, podemos comprobarlo. Podemos ir los tres en mi coche. Lo lógico sería que la llamara pero me temo que mi teléfono ha muerto; hoy la batería no daba para más.

—No sé si es buena idea —replicó Aida—, pero entiendo la necesidad. Os acompaño.

Tal y como sospechaba, Diana había regresado al lugar del crimen. Acababan de llevarse el cuerpo de Sussan y la detective Rusvel aprovechaba las visitas que iban llegando de amigas de Sussan para interrogarlas *moleskine* en mano. Cuando llegamos, me presentó a una espectacular veinteañera, Azue Lopez, amiga, al parecer, de Sussan. Esta esbozó

un gesto que no supe comprender cuando cruzó sus ojos con los de mis acompañantes. No parecían precisar de una gran intimidad y pedí a Diana que me atendiera cuando terminara aquello.

—¡Hombre, agente especial Smith! ¿Aún por aquí? —preguntó con sorna a modo de saludo.

—Préstame atención. Esto te va a interesar. He venido con el sobrino de otra compañera de la Oficina que afirma ser el novio de Sussan.

Diana me miró un instante en silencio. Luego, se inclinó a la izquierda para mirar detrás de mí y echar un ojo, a través del cristal, a la abatida pareja que esperaba fuera. Diana es muy rápida y se hizo cargo de la situación enseguida; noté cómo se mordía la lengua para sujetar cualquier sentencia rebosante del humor negro que suele gastar. Temí que soltara algo sobre que tener dos novios fuera una magnífica razón para que una chica se pegase un tiro, pero se contuvo:

—Me habían contado que todos los mexicanos sois parientes, ¿los federales también?

Florida no es un estado en el que se confunda a todos los latinos con mexicanos. Diana quería molestarme. La ignoré y, con un gesto, les pedí que entrasen.

—Agente especial Aida Assag, Edward Samson. La detective Diana Rusvel, jefa de homicidios.

—Encantada, Aida —saludó Diana entre irónica y cortés—. ¿Tú también conocías a Sussan Graham? —inquirió a bocajarro, dirigiéndose al joven.

Eddy se había tranquilizado un poco y parecía estar en condiciones de articular frases con algún sentido. Según dedujimos de sus confusas explicaciones, Sussan y él llevaban juntos siete meses. Su relación era muy estrecha. Sussan conocía a su familia —extremo este confirmado por

Aida—, se veían todo lo que les permitían sus ocupaciones y, que él supiera, Sussan no tenía ninguna otra relación. Al decir esto prorrumpió en sollozos. Eddy creía que «el tal Jeffrey» era el exnovio de Sussan y que su relación había acabado meses antes de que Sussan y él se conocieran.

—Vamos a ver —musitó la agente Rusvel entre dientes—. Edward, en casa de la hermana mayor de Sussan están sus amigos y parte de la familia, ¿te importa acompañarme? Ya sé que no son horas, pero te agradecería el esfuerzo.

Eddy asintió con la cabeza. Aida y yo fuimos detrás.

La puerta de la casa seguía entreabierta y las luces, encendidas. Aquel domicilio había sido un continuo entrar y salir desde la una de la madrugada y no había visos de que la cosa fuera a cambiar en breve. Nada más pasar a aquella cocina reconvertida en hospital de campaña para ánimos rotos, una llorosa y recién llegada Azue Lopez se echó en brazos del sobrino de Aida.

—¡Eddy! —exclamó, empapada en lágrimas.

Ambos se fundieron en lo que prometía ser un conmovedor y largo abrazo, pero Diana iba con prisa.

—Lamento tener que hacerles algunas preguntas —interrumpió, reclamando la atención de todo el mundo—. Sé que es tarde, que están todos consternados y que es una de las noches más difíciles de su vida, pero en investigaciones como esta, los datos obtenidos en las primeras horas resultan cruciales. Señorita Garcia, veo que ustedes se conocen. Hace unos minutos me ha dicho usted que conocía al novio de la fallecida, ¿me quiere indicar quién es?

—Azue se giró y en lugar de responder a la detective Rusvel, posó su mirada sobre Jeffrey.

—De verdad que lo siento, Jeffrey —balbució—. Este es Eddy, el novio de Sussan desde hace unos siete meses. Sé que ella quería contártelo, pero no llegó a atreverse.

La cocina se sumió en un espontáneo e involuntario minuto de silencio lleno de tensión. Jeffrey permanecía absolutamente inmóvil y observaba a Eddy sin parpadear. Los ojos de Eddy, que seguía apretando la mano de Azue, saltaban de uno a otro de los presentes. Las hermanas de la fallecida se miraban sin saber qué decir. Finalmente, David reaccionó y estrechó en silencio la mano del recién llegado.

Instantes después, Jeffrey acertó a decir algo.

—No puede ser, Azue. Me vais a disculpar. Necesito estar solo. Mejor me voy a mi casa.

Tantas emociones en una sola noche quiebran el ánimo de cualquiera, y aquel ayudante de forense no parecía ser un tipo de personalidad muy recia, a pesar de su magnífica planta.

Se dirigió hacia la puerta sin mayores comentarios, pero con una mirada cargada de reproches a la amiga por la que se sentía traicionado. Antes de que cruzara la puerta, Diana lo emplazó para verse en los próximos días en las dependencias policiales. Instantes después escuchamos arrancar su coche.

—A todos nos vendría bien descansar —apuntó Diana, en un intento de rebajar la tensión—. Edward, necesito hacerte algunas preguntas más, seré breve.

Diana se metió con Eddy en el cuarto anexo a la cocina, que se había convertido de facto en una especie de oficina policial improvisada. Tomó algunas notas en su *moleskine* sobre los detalles de la relación que Eddy le iba facilitando, pero aquello no eran más que preliminares. Tendrían que verse más despacio en días posteriores. Eddy se puso a su disposición.

Al salir, Diana me agarró del brazo y me llevó a un rincón del porche.

—¡Maldito cabrón! Tú sabías esto cuando nos recomendaste que Jeffrey no se acercara al cadáver, ¿verdad? Dadas las circunstancias, ahora mismo es nuestro principal sospechoso. Habría sido cojonudo tenerlo en la sala de autopsias.

—Te juro que no sabía nada. Cuando Aida me llamó yo ya estaba en mi casa, y en cuanto me he enterado hemos venido a contártelo.

—No sé si creerte —escupió, visiblemente molesta.

—Además —continuó—, que un exnovio despechado acabe con la mujer que lo desdeña parece demasiado obvio. Y tú misma descartaste a Thomson porque tanta torpeza en simular un suicidio es impropia de alguien con estudios de patología forense

La detective Rusvel se relajó lo justo.

—Sabes igual que yo que esta novedad introduce otra perspectiva. Deberíamos retirarnos a descansar. En pocas horas volvemos a vernos.

—Así es. Nos vemos en un rato.

Devolví a Aida Assag y a su sobrino a donde los había recogido. El viaje transcurrió en absoluto silencio. Aida tiene una relación muy estrecha con los hijos de su hermana. Las próximas semanas iban a ser muy duras para Eddy. Eso, si es que no estaba implicado.

Nos despedimos ya de día con poca ceremonia y me dirigí a mi domicilio por tercera vez en aquella noche. Me encomendé al fantasma de mi abuela para que no pasara nada más... Necesitaba descansar, aunque fuera unos minutos.